

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

LA MUERTE

DE

Flecha Velox

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucet Hermanos,—Primera del Relox, 1  
1900



## **La Muerte de Flecha Velox**



Ahora te voy á referir, mi muy querido niño lector, la historia horrible del joven mexicano «Flecha Velox» quien, después de terribles combates con los enemigos de las tribus mexicanas, fuera á morir en las márgenes de la gran laguna que constituía entonces todo lo que hoy se llama el Valle de México.



«Flecha Velox» era un guerrero que venía acompañando á las multitudes de familias de indios aztecas que marchaban en montones, entre mujeres, niños y ancianos rodeados por soldados valientes que solamente tenían por armas, puntiagudas flechas y gruesas y largas macanas y cubiertos los pechos con las pieles arrancadas á los leoncillos y tigres y gatos salvajes.

«Flecha Velox» al divisar bajando de una montaña, los árboles altísimos que formaban el Bosque de *Chapultepec* gritó á los hombres que en montones caminaban hacia allí:

—Deténganse al momento; no sigan más allá, porque he visto que de aquel bosque salen millares de bandadas de pájaros azules.

Entonces, un sacerdote de los que dirigían á todas las multitudes que cami-

naban desde hacía tantos siglos, un viejo sacerdote vestido con una tela de hebras de *ixtle*, pintada de negro con manchones compuestos de sangre y loco, al oír el grito de «Flecha Velox» lo agarró



del pescuezo, diciéndole: tú no debes de hablar así, miserable, tú vas á traicionar á nosotros las hijas de las hermosas gar-

zas de «Aztlan; tú no sabes pelear sino detrás de las montañas, muy bien defendido entre peñascos y sin peligro alguno; las flechas que fabrica para tí la diosa del Infierno; irán á la caverna negra, donde van todos los cobardes!

Al oír «Flecha Velox» estas palabras, que le lanzaba el negro sacerdote del dios de la Guerra de los mexicanos, bajó corriendo del monte por donde todos venían, gritando:

*Atlaui, atlahuitl; atlaui, atlahuitl.*

. . . . .  
Con terrible cólera bajó á llamar al genio de las piedras, hijo del dios de las montañas, para pedirle su protección metiéndose á toda carrera y dando espantosos alaridos hasta el fondo de una cueva gritando de nuevo:

—Ayúdame, divino «Melitztlal... oh «Tepetl» entre los *Aezontles* rojos, dame

fuerzas y armas contra los infames sacerdotes que vienen adorando el colibrí azul, rojo y negro, que significa la muerte, el amor y la vida...

¿Qué hago contra ellos?...

El dios de las montañas, le respondió:

—Si contestas á mis preguntas con la verdad, te salvaré. ¡Responde!

«Flecha Velox» contestó:

—Vengo con las gentes que mis padres hicieron venir, desde los lagos donde viven las innumerables garzas blancas y azules... desde aquel reino donde hay nieve blanca y siempre hay frío, han venido caminando, caminando, caminando, desde hace muchos miles de años... Hoy, perseguido por los enemigos de la patria, por la serpiente negra, á quien yo herí con la punta de mi flecha mejor, quieren matarme, defiéndeme.

—Toma la roca que más te guste y

aviéntala contra tus enemigos,—le respondió el genio de las montañas.

—Gracias, genio de las montañas, ¿cuál podré tomar?—le dice al genio que del fondo de la gruta vomita lumbre roja.

—El peñón más grande que puedas arrancar con la palabra más tierna que conmueva los montes.

—¿Cuál palabra será esa?

—Tú lo sabrás.

\*  
\* \*

Un trueno horroroso se oye en aquel instante; el enorme genio de las montañas desaparece entre una nube de ópalos pequeñísimos que fueron convirtiéndose en una inmensidad de chorros de lumbre, en una cascada de chispas que iban bramando... bramando... bramando!...

\*  
\* \*

«Flecha Velox» sale de la inmensa



cueva dando saltos, llega hasta abajo del monte y agarra un peñasco entre sus dos brazos arrojándolo contra los enemigos que venían tras de él.

Al momento se alzó un griterío espantoso del centro de las multitudes de caminantes que venían tras él y que decían:

—Mató al gran dios «Cohuitl...» ¿qué vamos á hacer ahora sin nuestro dios «Cohuitl...» ¡matémosle!... ¡matémosle!...

\* \* \*

¿Quién era aquel dios «Cohuitl» á quien había herido la enorme piedra que arrojara «Flecha Velox?»

Aquel inmundo ídolo se llamaba: «El Odio.»

Por eso fué que el guerrero que acababa de arrojar la piedra contra el ídolo, oyó dos himnos: uno que decía:

Bendita la excelsitud  
Que al odio escupe en la faz;  
Bravo por la juventud  
Que combate por la paz.

. . . . .  
¿Quiénes pronunciaban aquel himno, tan primorosísimo, blando, melancólico y dulce?...

Eran las mujeres; eran las pobres madres que tenían sus hijos en las filas de guerreros que marchaban con sus flechas y macanas, detrás de los sacerdotes.

El canto horrorísimo de los que adoraban al ídolo del «Odio» rugía:

¡Viva el exterminio atroz;  
Viva todo lo que aterra;  
Que el odio, hijo de la guerra,  
Nos mate á «Flecha Velox!»

Después de haber lanzado el joven guerrero el peñascón con que aplastó al dios del Odio, creyendo haberlo matado, siguió corriendo, corriendo, por las faldas de las montañas, bajando hacia el precioso valle de México, como ahora se llama, y donde, como bien sabes, lectorcito amigo, se asientan la capital de nuestra patria, con sus alrededores primorosísimos.

¿Qué iba á hacer el desdichado?....

¿Qué haría el infeliz?...

¿Morir ahogado?

¿Morir hecho pedazos por los enemigos que le iban siguiendo por entre los montes».

Ya iba á arrojarse de cabeza en la laguna, cuando se acordó de que tenía la protección del genio de las montañas.

Entonces, vuelve la cara hacia el lado derecho, muy allá y muy cerca donde el sol iba bajando poco á poco, tiritando de frío, muy colorado, envolviéndose para abrigarse con una capa de nubes de oro, que iban desgarrando los vientos feroces que vomitaba en el Oriente desde su gruta de piedra, el genio oculto de las montañas. «Flecha Velox» respira, agarra un peñón inmenso y lo echa con furia sobre el lado en que mayor número de enemigos veía, aplastándolos á todos.

Pero por otro lado, hacia la izquierda, aparecieron otras multitudes de enemigos; entonces más furioso que antes, arrancó de la montaña otro peñasco... ya lo iba á echar sobre los que le perseguían, cuando contempla en una chalupa larga y preciosa á una joven que venía de una isletilla verde, llena de ahuehuetes...

La joven venía remando ella sola, y desde gran distancia, levantando los remos, le dijo al joven «Flecha Velox» cuando iba á arrojar el peñasco:

—¿Qué vas á hacer, guerrero *méxico*, hijo de los magníficos reyes nuestros; ya no arrojes esos pedruzcos en nuestros valles... mira, sé que ya heriste al «Odio» pero no lo has matado ni lo matarás nunca; ¿para qué seguir arrojando montañas en estos lagos del valle... yo soy «Yznauxochitl» hija de aquella princesa



«Flor de los Lagos» que tanto sufrió para salvar á mi padre, «Piedra Redonda.» Ven á mí, ven á mi chalupa.

Iba ya «Flecha Velox» á tenderse nadando sobre las aguas que doraba el sol, cuando, repentinamente cayó sobre su casco de tigre, una pequeñita avispa negra, que taladró con su aguijón la piel,

se introdujo entre la cabellera espesa del valiente joven, é incrustó el veneno que traía en la punta de su aguijón dentro de su misma cabeza...

«¡Flecha Velox,» cayó muerto en el acto!

\*  
\* \*  
\*

Un espantoso bramido exhaló su boca, y como tenía aún con ambas manos un gran pedruzco, le dejó caer sobre la laguna, produciendo un aguacero espantoso, mientras el joven agonizaba.

La hija de «Flor de los Lagos» lanzó un suspiro de desesperación; acercó su chalupa á la orilla, en que yacía «Flecha Velox,» y tomando su cadáver, lo colocó en su barca, y luego remando, remando ella sola, se dirigió sobre las aguas ya negras de la laguna, hacia el bosque encantado, donde tenía su palacio, yendo á sepultar el cuerpo de «Flecha Velox»

debajo del peñón que se erguía en medio del bosque maravilloso, donde sus padres habían tenido tan raras y prodigiosas aventuras.. . . .

¿Sabes, niño, cuáles fueron según contaba un anciano azteca, los tres principales peñascos que arrojó sobre el valle «Flecha Velox?»

¡Oh, mi querido niño, fueron estos tres cerros: el del Tepeyac, el del Peñón y el de Chapultepec.

\*  
\* \*  
\*

Pero después, éstos tuvieron una encantada y primorosa historia que ya te iré refiriendo en otras leyenditas.

---

Leed la interesante leyendita:

HISTORIA DE LA PRINCESA  
IXNAUXOCHITL  
ó FLOR DE PERDON